

DE REOJO

Martín Hoppenmayr

Nosotros, los modernos

La modernidad tiene como marca registrada la velocidad y la pasión por el cambio. Cuando las cosas comienzan a repetirse es porque todo sigue igual. Viva el vértigo en que «canción Maru» trae lo sólido se desvanece en el aire.

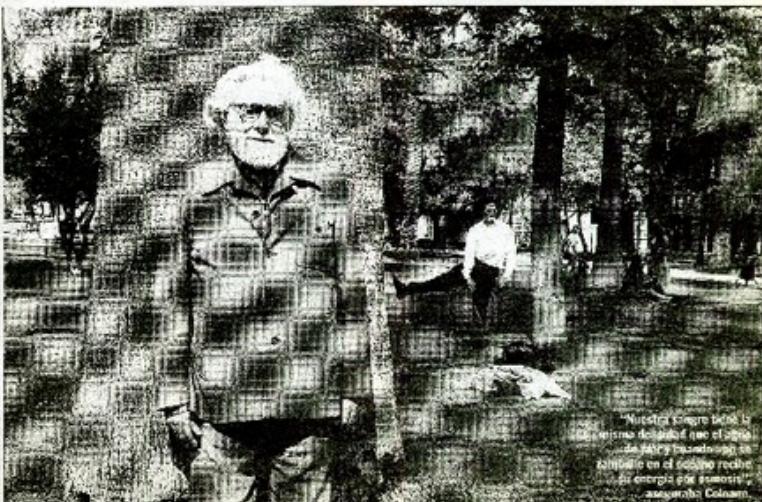
Esta sed de cambios rápidos alimenta la innovación tecnológica, la apertura en salones y vitrinas de museos, la expansión del conocimiento y muchas veces el progreso social. Pero por otro lado hay un constante temor comenzar el espíritu que siente que los pies quedan si permanecen en un mismo lugar o un deseo a eternas al advertir la parte restringente que tiene toda vida humana.

Por qué identificarse de pleno con esa visión desde la cual las repeticiones pesan como condensado? En la sensibilidad moderna se cuela esta curiosa idea que nos inyecta ansiedad y adrenalin. La repetición es fatal: repetir al padre es una codicia, repetir el año escolar es un fracaso, repetir un mismo desencanto es insatisfactorio. La rutina, para los modernos, es un peaje fatal, un retorno perpetuo y sin ganancia. Poetas emblemáticos del modernismo, como Huidobro, quieren ver el infinito en el instante fugaz, roto en la vida apacible. Que el día discuta con los mismos gestos, los mismos sitios y los mismos ritmos nos hace inquietos en vida.

Y partimos todos a cualquier parte, sea el país vecino, el tráfico del vecino o la pasión del vecino. Pero partimos. Con un ayú de la suela del zapato que arde en el resbaloso. El imperativo es dejar de seguir siendo el mismo. Hay que sumar, desdazar, multiplicar, pero en ningún caso seguir siendo siempre el mismo. Bajo el alejo del progreso, todo lo que no progreza avanza, avanza, avanza. Permanecer es el gesto pensante de la resignación. La adicción, una inabordable claudicación. Así pensamos los modernos. Y nos movemos con la no-cadencia de la unidad. Con esa compulsa de novedad que regresa una y otra vez, negando una y otra vez la novedad que esa compulsa, una y otra vez, inventa. Así transan los modernos. Asumen-nos cambios que, convertidos en montones de cambios, a la distancia no se distinguen uno de otros.

Así nos repetimos los modernos: amontonamos cambios que, convertidos en montones de cambios, a la distancia no se distinguen uno de otros. Así nos repetimos los modernos. Y a la larga, ¿disfrutamos? Aguardamos por dentro un desencanto que nunca llega y que ninguno sabe de qué se trata ni qué historia desvela. La redención siempre se encuentra en el futuro, lejana y difusa, con su terca promesa de liberación. Pero no llega, porque siempre hay algo pendiente cuando se camina hacia la perdición. No hay modo de conformarse en este filo que une y separa al desasimiento de no ser acompañante del desasimiento de ya nació en soledad. Así nos quedamos los modernos. Porque no gastamos: como nadie antes, como nunca antes, nos gastamos. Nos consumimos consumiendo la vida de que siempre nos alejamos, en circuitos de rupturas que surcan más de lo que sanan, con una agenda estampada en la huella y una estampida clavada en la agenda. Así descalificamos los modernos.

El escritor falleció en la madrugada del lunes
Se fue Francisco Coloane,



AGUSTIN MELLINI

Curioso lobo de mar y comunista vinió, el monegriano escritor Francisco Coloane, decir que se sentía con fuerzas suficientes para llegar hasta los 99 años, pero ello no fue posible: el lunes, cerca de las tres de la mañana, el resto creador de relatos como "Tierra del Fuego" y "Cabo de Hornos" murió en pleno sueño, de un paro cardíaco, a los 92 años.

Novelista, cuentista y dramaturgo, Coloane, quien ganó el Premio Nacional de Literatura en 1961 -una gran reservorio como sus hermosos personajes paragonicos-. Su discurso, de fondo, lo llevó a pelear a su familia que la noticia de su muerte fuera mantenida en reserva durante tanto tiempo como fuera posible. De hecho a ese sentido, el hecho sólo se conoció ayer, cuando sus restos ya habían sido cremados en un cementerio capitalino.

Aunque el autor no consiguió su sueño de celebrar su cumpleaños número 99, si logró cumplir los leales que otros pensaron de su edad no podrían ni concebir. En 1999, cuando cumplió 89 años, les dejó arrimándose a las frías aguas del océano Pacífico, porque, según decía, esos helados disiparían lo mantenían "vivo y activo". "Nuestra sangre tiene la misma densidad que el agua de mar y cuando uno se sumerge en el océano recibe su energía pura oscura", aseguraba.

Una conducta enemiga la desacertada relación con sus órganos: Coloane, quien nació en el pueblo chilote de Quinchao, era hijo de un capitán de barco balletero y de una agorriada mujer de campo. Criado entre riesgosas traviesas en hielo e interminables correrías ignoradas, el futu-

re valorizado en Chile tras el culto que su obra motivó en Francia, el aventurero autor murió pacíficamente, deseando reencontrarse con el océano en el que ambientó sus más famosas narraciones.

Lo infinito y lo peligroso

Traducido a idiomas tan diversos como el alemán, el inglés, el ruso, el suizo, el bulgaro, el griego, el bulgaro y el portugués, "Francisco Coloane" no era en hombre alentador a la figuración pública. Uno de los pocas escritores masivos en quien se lo pudo ver fue el lanzamiento de la película "Tierra del Fuego", filmícula irónica que se realizó el año 2000 y en la que el veterano autor demostró mantener una condición física inusual para un hombre de su edad.

Elevado a categoría de clásico por la prensa especializada en Europa, el autor famoso tiene, más allá de todo, grandes seguidores en Chile. Para el poeta Américo Uribe, por ejemplo, la obra de Coloane se ubica en la primera delegación literaria y puede competir con las imprescindibles entregas de escritores como Daniel Defoe, Herman Melville e, incluso, Joseph Conrad. "Ningún escritor chileno ha transformado el mar, lo infinito y lo peligroso como lo ha hecho Coloane en Chile, y por eso, su proyección es universal", sostiene Uribe.

escritor tenía ya 13 años cuando entró a estudiar al colegio de los sacerdotes salesianos de Punta Arenas, ciudad en la que se asentó por primera vez al mundo urbano y en la que, además, aprendió a convivir con inmigrantes de las más diversas nacionalidades.

A los 19 años, el joven emigró a Tierra del Fuego, donde se desempeñó en una larga serie de duros y arriesgados oficios: fue peón, cazador de lobos marinos y ballenas, amansador de caballos, degollador de cordones y capazas, experiencias que, por cierto, se reflejan claramente en narraciones como "Cabo de Hornos" (1941) o los cuentos del volumen "Tierra del Fuego" (1957).

Extraño debut

"Yo no invento nada", dijo alguna vez el autor para acallar las incisivas preguntas de quienes se asombraban al descubrir que sus relatos eran plágios de inventarios inescrupulosos, bandidos sanguinarios y navegantes intrépidos, entre otros seres que parecían escapados de la fantasía de un creador de fábulas.

Tras sus eventumos australes, Coloane se trasladó a Santiago. Tenía 20 años, y, para ganarse la vida, estudió hasta titularse como técnico sanitario. Despues, y así a su costumbre de pasar por varios empleos en poco tiempo, se convirtió en jefe de taller de una imprenta y, finalmente, desembocó en el periodismo, donde tuvo un extraño debut: cuando fue enviado a reportar un hechizo de sangre para "Las Últimas Noticias", se encontró con que el cadáver de la víctima ya había sido sacado del lugar del crimen. Como su tío necesitaba la imagen del muerto, se vio obligado a posar como occiso.

Se fue Francisco Coloane, el último lobo de mar el escritor falleció en la madrugada del lunes. [artículo]:

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Se fue Francisco Coloane, el último lobo de mar el escritor falleció en la madrugada del lunes.
[artículo] :. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)